



ZTF-FCT
Zientzia eta Teknologia Fakultatea
Facultad de Ciencia y Tecnología

TIEMPO RECICLADO

Segundo Premio de la VI Edición (1994)

Juan Ruiz Gallego



TIEMPO RECICLADO

1

Dan Clayton dio una impaciente ojeada a su reloj, y lo que vio no le gustó en absoluto. De su pasado de policía había aprendido que el tiempo es un factor muy valioso a la hora de resolver un delito; y de su presente como investigador privado, que ésta es la parte primordial de toda minuta, y que puede ser la diferencia entre dinero y calderilla. Aceptara o no el caso que se suponía irían a proponerle, pasaría la correspondiente factura con los veinticinco..., no, veintiséis minutos que le habían hecho esperar hasta ese momento.

Lanzó la enésima mirada a las piernas de la secretaria que se hallaba sentada frente a él, y que se dejaban ver por debajo del funcional escritorio al cual parecía estar encadenada. Sin duda eran hermosas, pero tendría que ser un obseso sexual para que después de tanto contemplarlas no comenzaran a perder algo de atractivo. No obstante, durante el rato que había estado observándola pudo comprobar que se hallaba muy lejos de ser una muñeca descerebrada como las que pululaban en la programación de esa cadena televisiva, pues manejaba el caótico tinglado en que consiste la recepción del despacho de todo capitoste con inusual eficacia... y apatía, como si el trabajo, pese a sus complicaciones, no fuera merecedor de su inteligencia.

A Clayton le gustaba ese tipo de mujer, y comenzó a buscar dentro de su repertorio la frase más propicia para iniciar una conversación con ella, cuando el teléfono sonó a través de una línea interna y, tras contestar y colgar, la chica de sus sueños, la futura madre de sus hijos, la ahora secretaria, le abandonó al comunicarle:

—Señor Clayton, puede usted pasar.

Agradeció con un gesto y, mientras se dirigía hacia la guarida de aquel gran manipulador de ondas, se olvidó de su frustrado romance al preguntarse qué podría haber motivado que solicitaran sus servicios...,



Certamen Alberto Magno

porque deducía que para eso le habían llamado. Franqueó la puerta de la oficina, que por lujo que ostentaba parecía estar hecha para cualquier cosa menos para el trabajo, y reconoció de inmediato al hombre que se arrellanaba sobre un imponente sillón detrás de un majestuoso escritorio de caoba, tan brillante, que daba la impresión de que podría rayarse sólo con pensar en ello.

—Adelante, Dan. Pase y siéntese —dijo Arnold Feynman con una amabilidad tan excesiva como forzada que evidenciaba cierta hipocresía innata.

Clayton obedeció y se sentó frente a él. Esperó la siguiente frase sin sospechar que sería una pregunta.

—¿Qué opina de la programación de Telemanía 10? —oyó para su sorpresa.

—¿Qué pasa? ¿Tan poco se fía ya de las encuestas que tiene que realizarlas personalmente? —ironizó en respuesta.

—No, de verdad me gustaría conocer su opinión —insistió Feynman.

—Puesto que se empeña...

—Sí.

—He visto cosas mejores dentro de un inodoro.

Clayton ignoraba cómo reaccionaría o aparentaría reaccionar ante esas palabras, y si bien es cierto que la posibilidad de que riera entraba dentro de lo previsible, lo que le desconcertó fue el hecho de que su risa pareciera tan espontánea y natural. Tal vez había juzgado mal a ese sujeto después de todo, tal vez era mejor actor de lo que supuso en un principio.

—¡Cosas mejores dentro de un inodoro! —repitió Feynman luego de lanzar una sonora carcajada—. ¡Muy bueno! —agregó—. Una forma sumamente sutil de afirmar que lo que hago es peor que una mierda. —De repente adoptó una actitud adusta, como si su rostro fuese la pantalla de un televisor encendido que ha saltado bruscamente de un programa cargado de comicidad chabacana a otro tan serio como la dramática crónica sobre el reciente accidente nuclear de la base Euromoon-4, cuyas futuras nefastas consecuencias, tanto a corto como a largo plazo, se vieron considerablemente minimizadas gracias a que Dios, en su infinita sabiduría, se abstuvo de dotar de atmósfera a la Luna—. ¿Acaso cree que no lo sé? —confesó Feynman entre falsos signos de interrogación, y luego asegujó—: Nada me complacería más que poder ofrecer programas de auténtica calidad, pero esto es un negocio y tengo que darle al público lo que éste exige y ambos sabemos que eso no es precisamente un documental



sobre la vida de las musarañas. La gente quiere ver sangre, sexo, chismorreos y concursos donde la inteligencia es un lujo inútil, y lo que yo hago es convertir esa necesidad morbosa en algo positivo, en una empresa rentable extendida por todo el mundo y que mantiene miles de puestos de trabajo. Pero a los críticos eso no parece importarles; se limitan a arrancarme la piel a tiras mediante críticas salvajes e hirientes. Sin ir más lejos, ayer mismo uno de esos parásitos *sugirió* que en lugar de Telemanía mi canal debería llamarse Telelobotomía... He notado que ha mirado su reloj. ¿Le estoy aburriendo?

—No más que uno de sus culebrones.

—Lo siento... ¿En qué estaba?

—Se quejaba de que los críticos no le comprenden.

—Usted lo ha dicho: no me comprenden. Ni siquiera cuando gracias a mi esfuerzo la gente puede disfrutar de un programa tan esclarecedor como *La máquina del tiempo*. Supongo que lo ha visto.

—Un par de veces —admitió Clayton, resignado.

—No me dirá que no es didáctico un programa basado en imágenes de sucesos históricos grabadas en el preciso instante en que han ocurrido —conjeturó Feynman con entusiasmo.

—Para considerar didáctico un primer plano en cámara lenta del momento en que cae la cabeza de María Antonieta, es necesario poseer un criterio cultural un tanto retorcido —rebató Clayton, en parte sólo por fastidiarle.

—Reconozco que dudé seriamente en cuanto a incluir esa escena —dijo Feynman—, pero luego de meditar lo hice porque llegué a la conclusión de que era fundamental para darle al público una visión exacta de lo que fue la Revolución Francesa, y, al fin y al cabo, se trataba de un hecho histórico y no de un estúpido accidente producido dentro de un concurso sólo apto para telespectadores morbosos.

Clayton supo de inmediato a qué se refería. El concurso en cuestión era un programa de una cadena competidora titulado *El gran juego del masoca*, y consistía en que cada semana tres concursantes debían sortear una serie de diez sesiones de tortura simulada, aunque sólo en cuanto a sufrir daño físico, pues el dolor se hacía real mediante la colocación en sus sienes de dos electrodos que enviaban al cerebro la señal correspondiente a cada tipo de suplicio —si se sometía a uno de ellos al potro, éste sentía, a pesar de que su cuerpo permanecía intacto, que las articulaciones se estiraban hasta romperse—. Cada sesión duraba treinta segundos, y el concursante debía evitar responder a una pregunta que le formulaban los *torturadores*, la cual variaba en cada emisión y cuya respuesta no tenía que



plantear dificultad alguna, como, por ejemplo, «¿Quién descubrió América?» u otra por el estilo. Si antes de superar la quinta prueba el concursante gritaba «¡Cristóbal Colón, mierda, fue Cristóbal Colón!», era liberado del tormento entre el abucheo e insultos del público presente, y sin más premio que saberse débil y cobarde. Pero si confesaba a partir del sexto aparato de tortura, la vergüenza era atenuada debido a que se le concedía la mitad del dinero acumulado hasta ese momento. Sin embargo, gracias al masoquismo, que como toda psicopatía fortalece enfermizamente el carácter más allá de lo razonable, en contadas ocasiones el concursante lograba llegar al final burlando a sus *cruels* interrogadores, y a raíz de ello ganaba lo que muchos calificarían como un montón de pasta, no sin que antes se le sometiese a un simulacro de ejecución en *castigo* por no haber confesado que un tal Cristóbal se topó con América en su camino a las Indias. Y Clayton recordaba que en aquella trágica noche el método elegido para la parodia de pena capital fue la guillotina, pero algo debió fallar y lo que finalmente rodó no era sintético. A causa de la habitual perfección del trucaje, incluida una abundante hemorragia si el tipo de muerte así lo requiriese, nadie notó algo raro hasta que una de las azafatas perdió su permanente sonrisa de plástico al ver con horror que en la canasta yacían dos cabezas. *El gran juego del masoca* fue levantado de la programación apenas dos semanas después, paradójicamente no por falta de audiencia, ya que ésta se duplicó, sino de concursantes. Por lo visto, el fatal accidente provocó que desde entonces el instinto de supervivencia prevaleciera sobre la codicia.

—Pero siempre existen listillos envidiosos que se hacen pasar por lo que sea con tal de coartar iniciativas ajenas —siguió perorando Feynman—. Perdí meses en los tribunales por culpa de la A.D.H. y sus malditos abogados.

—¿A.D.H.?

—Asociación Defensora de la Historia. Unos cretinos que no tenían otra cosa mejor que hacer que juntarse para darme la tabarra —escupió Feynman—. Me demandaron alegando que lo que yo pretendía hacer era técnicamente un allanamiento de propiedad privada. La Historia es patrimonio de la Humanidad, alegaron, y usted no tiene derecho a usar un invento tan maravilloso como una máquina capaz de transportar a personas y objetos en el tiempo con la intención de mostrar de ella únicamente hechos sangrientos y escabrosos. —La boca de Feynman se torció en un rictus a medio camino entre sonrisa y una mueca de desprecio—. ¡Que no tengo derecho! —casi estalló—. Cuando el profesor Meyerhof recurrió al Gobierno en busca de financiación para su proyecto de *transporta-*



dor temporal le trataron como si fuera un estudiante mediocre que solicitaba una beca. Le enviaban de un departamento a otro pretextando, las más de las veces, que no contaban con presupuesto suficiente; en otras, que el efecto que se proponía lograr con su máquina era físicamente imposible, y que de todos modos, de no ser así, igualmente no veían qué utilidad práctica podría tener. E incluso hubo un burócrata que se burló diciéndole que esperara a que H. G. Wells fuera elegido presidente. Entonces decidió recurrir al capital privado, pero no crea que por ello sufrió menor trato despectivo. Hasta que vino a mí. Si lo hubiese visto... Se hallaba moralmente destruido, hecho una piltrafa, resignado a un nuevo rechazo. Sin embargo yo le atendí, le escuché y confié en él. Invertí millones en la fabricación de ese prodigioso artefacto que el escepticismo general, en el mejor de los casos, había calificado de trasto inútil. ¡Y luego me salen con que no tenía derecho a usarlo como me viniese en gana!

Después de tanta cháchara, Clayton comenzó a sentir una desorientación similar a la de un buzo que ha descendido demasiado, pero sin el consuelo de verse envuelto por el estado de falsa felicidad que también produce la narcosis de las profundidades.

—Sí, intentaron censurarme pero la Justicia lo impidió —continuó Feynman, indiferente al efecto nada ameno que provocaba su verbosidad—. El juez reconoció mi derecho a enviar cámaras al pasado —dijo—, siempre y cuando lo hiciera como mero observador y no modificase un ápice el rumbo de los acontecimientos. Me ha prohibido, eso sí, los viajes al futuro, cosa que de todas formas no me interesa, puesto que en ese sentido prefiero vivir en la ignorancia y, además, para eso ya tengo un programa semanal de Astrología con una audiencia media de cien millones de *teleingenuos*. Por supuesto, a pesar de lo justo de la sentencia ellos no están conformes y han apelado la misma, pese a que saben que es inútil. Lo que ocurre es que les saca de quicio que me dedique a revivir en imágenes de vídeo las miserias de su adorada Historia para que el mundo las contemple. En el fondo de sus estrechas y puritanas mentes me consideran un hereje y blasfemo, porque se han tomado como una religión esa gilipollez obsoleta de que todo tiempo pasado fue mejor. ¿Y saber por qué piensan así, Dan? ¿Lo sabe?

—Ilumíneme.

—Porque para esos idiotas el pasado es tiempo muerto —aseguró Feynman y añadió—: no importa cuántos genocidios y asesinatos se hayan cometido, cuánta crueldad y muerte se haya esparcido a través de odios y guerras, cuánta sangre haya sido derramada y cuánto dolor sufrido en aras de fanatismos e ideales hipócritas. Todo eso no importa y tampoco les afecta, ya que



pertenece al pasado y el pasado está muerto. Es el presente y futuro lo que les jode, la serpiente que aún les puede morder e infectar con su veneno. Y si ahora están que trinan, imagínese cuál será su actitud cuando finalmente vean el nuevo programa que tengo en avanzada fase de preparación. Se titulará *El momento del crimen*, y es aquí, Dan, donde entra usted.

Al oír tal afirmación, Clayton halló fuerza suficiente para liberarse de la inusual pasividad que le atenazaba.

—Se equivoca conmigo —replicó—. Soy investigador privado, y no un presentador bocazas.

Creo que no me ha comprendido —observó Feynman—, lo que es lógico, dado que todavía no he concretado lo que quiero de usted. El programa al que me he referido es una variante de *La máquina del tiempo* —especifiqué— aunque con la misma mecánica. La diferencia estriba en la naturaleza exclusivamente delictiva de los hechos que contendrá. Conociendo el lugar exacto, y la fecha y hora aproximada en que se cometieron éstos, se envía un hombre allí con el tiempo de anticipación necesario para instalar las minicámaras que grabarán cada crimen. Se trata de un trabajo complejo que no se puede encargar a cualquiera. Quien se ocupe del mismo deberá tener una probada experiencia, astucia, osadía, dotes camaleónicas y facilidad para moverse dentro de ciertos ambientes poco recomendables. Hemos recopilado datos de una larga lista de crímenes que tienen posibilidades de ser emitidos, pero de lo que sí estamos seguros es de realizar un programa piloto previo; algo espectacular con el fin de sondear la reacción del público y al mismo tiempo intentar engancharle a todo el ciclo restante. Es por ello que necesito sus servicios, Dan. Es usted el hombre del que he hablado para el trabajo, y el objetivo de ese primer programa será, nada más y nada menos, que Jack el Destripador.

Clayton no pudo evitar esbozar una sonrisa ante la certeza de que a Feynman no le gustaría un pelo que rechazaran su oferta. Se dispuso a decirle que no, pero decidió hacerlo de manera sutil, sin brusquedad. No lo haría así por una cuestión de gentileza, sino para alargar y saborear cuanto pudiese aquel dulce momento.

—Supongo que será una broma —teorizó sin creerlo ni remotamente.

—Jamás bromeo tratándose de negocios —fue la previsible respuesta de Feynman.

—En resumen: lo que pretende es que yo, para empezar, viaje casi dos siglos hacia el pasado, y que una vez allí me dedique a grabar los asesinatos de Jack el Destripador como haría un turista frente a un monumento.



—La palabra exacta es documentalista —corrigió Feynman—, y tampoco tendría que grabar todos los asesinatos.

—Ahora me quedo mucho más tranquilo —comentó Clayton en sentido inequívocamente figurado.

—Verá... —Feynman suspiró como si el dar tantas explicaciones comenzase a agobiarle, pero ese aparente cansancio se redujo a un túbeteo fugaz—. Entre el 31 de agosto y el 9 de noviembre de 1888 Jack despanzurró a cinco putas —dijo sin entretenerse con eufemismos—. Las cuatro primeras fueron muertas en plena calle, mientras la quinta lo fue dentro del cuartucho en el que solía dormir. Su trabajo debería limitarse sólo a ésta. Simplemente entrar en esa habitación, instalar las cámaras, salir y observar. Sencillo.

—¿Por qué sólo a la última? —preguntó Clayton sin demasiado interés, en un acto mecanizado por su profesión.

—Porque usted, Dan, sería el segundo hombre que enviásemos allí —respondió en principio Feynman para luego explayarse a gusto—: el primero cumplió con su trabajo, debo reconocerlo —dijo—, pues si bien las imágenes que obtuvo de las primeras cuatro muertes no eran muy buenas, nuestros técnicos han logrado mejorarlas lo suficiente como para que sirvan de prólogo al quinto y más brutal de la serie. Además... —Sonrió por un instante, lo que le hizo temer a Clayton la inminencia de algún chiste macabro, pero no fue así—. Además —repitió—, debimos sacarlo por piernas debido a que varios testigos habían dado su descripción a la Policía como un desconocido sospechoso que había sido visto rondando los escenarios de los asesinatos poco antes de perpetrarse éstos. El policía que se acercó con la intención de interrogarle habrá pasado mucho tiempo preguntándose cómo pudo esfumarse después de haber doblado la esquina.

—Y ahora yo debo tomar el relevo —acotó Clayton.

—Veo que no le entusiasma la idea —estimó Feynman—, pero tal vez su disgusto decaiga cuando le diga que estoy dispuesto a pagarle cincuenta mil, y sólo para empezar.

—Si me conociera sabría que no lo haría ni por un millón.

—Oh, sí, le conozco muy bien —afirmó Feynman y, a continuación, se empeñó en demostrarlo narrando su biografía—: usted nació el 16 de febrero del 42. —Le informó a Clayton, quien agradeció el dato con expresión cansina—, siendo hijo de padre abogado y madre bióloga. Desde pequeño sobresalió por su inteligencia e intuición, y a la corta edad de trece años le dio la clave a la Policía para resolver el homicidio de una compañera de clase... Por cierto, ¿cómo supo que ella y el profesor de Lengua estaban liados?



—Me resultó curioso que siempre aprobara esa asignatura con buenas calificaciones cuando otros profesores le recomendaban que mejorase la ortografía. Lamentablemente su padre también había advertido ese detalle, y si existe algo peor que un padre ofendido, eso es un amante despechado. No conforme con haber matado a su propia hija, le arrestaron cuando intentó completar la faena haciendo otro tanto con el profesor, quien tampoco se libraría de ir a la cárcel al ser condenado por corrupción de menores —explicó Clayton.

—Corrijame si me equivoco, pero está claro que fue en ese momento cuando descubrió su vocación por la carrera policial —aventuró Feynman, y tras ver que Clayton asentía, prosiguió—: Luego de graduarse en el instituto decidió no ir a la universidad de marras e ingresar en la academia de la Policía, de donde salió como número uno de su promoción. Bastaron cuatro años para que obtuviera la placa de detective que le hizo entrar en Homicidios, y alcanzó su mayor éxito cuando, ya en calidad de teniente, acabó con un asesino mutilador de prostitutas que traía de cabeza a las autoridades y se hacía llamar John el Cirujano. Apenas un par de meses después renunció y se convirtió en investigador privado... ¿Por qué lo hizo, Dan? ¿Por qué abandonó?

—Tenía mis razones —argumentó Clayton sin precisar más que eso.

—No lo dudo, ¿pero cuáles serían? —preguntó Feynman, aunque esta vez a sí mismo—. Al igual que usted yo también razono —dijo—, y el hecho de que renunciara poco después de haber resuelto aquel caso tan comprometido despertó mi curiosidad, así que analicé el asunto y llegué a la conclusión, como buen conocedor que soy de la naturaleza humana, de que actuó movido por un profundo sentimiento de culpa relacionado con John el Cirujano.

—No fue así —negó Clayton lacónicamente.

—Eso es obvio —confirmó Feynman—, pues su informe, según el cual luego de acorralar a John y de ordenarle que arrojara el cuchillo y se rindiese, éste se abalanzó sobre usted y tuvo que matarle, es una mentira como un piano.

Clayton permaneció callado ante tal acusación. Sin embargo, su boca se torció en un remedo de sonrisa como diciendo «pruébelo».

—Seguramente pensará que hablo por hablar —observó Feynman—. ¿Acaso olvida que poseo el medio idóneo para hurgar en el pasado?

La expresión del rostro de Clayton evidenció que había captado la idea en toda su magnitud, y ésta se confirmó de inmediato cuando un panel lateral se elevó dejando al descubierto una enorme pantalla de televisión.



—Mando a distancia —notificó Feynman—. Bajo la noble madera de este escritorio se oculta un prodigio electrónico que me permite controlar todo el maldito edificio..., excepto los baños. Sí, es verdad que cierta gentuza los utiliza de salón fumador, pero..., no sé... Supongo que *plantar* sensores en un inodoro sería abusivo y de mal gusto.

Mientras Feynman hablaba, mientras soltaba aquella retahíla de sandeces que no venían a cuento, debió accionar otra vez el dichoso mando mediante algún inadvertido y sutil movimiento de manos, pues las luces se apagaron de repente, sin previo aviso. En ese instante Clayton sintió como si su mente se desconectara de algo, lo que no era extraño, ya que se trataba de la revolucionaria iluminación virtual que prescindía de bombillas o lámparas y tubos fluorescentes de cualquier tipo. Básicamente, lo que el sistema hacía era explotar la cualidad que posee el cerebro como descifrador de estímulos externos, enviando una señal especialmente codificada para ser captada por el nervio óptico como si fuese verdadera luz, y, por consiguiente, sin contar con la intermediación del ojo. Pese al extraordinario ahorro de energía que dicho sistema significaba, no fue autorizado hasta que se comprobó que su uso regular no acarrearía dependencia psicológica o física.

Luego, la oscuridad dio paso a la luminiscencia anárquica que emana de toda pantalla de televisión, indefinida y fluctuante, que para Clayton fue como abrir una ventana a su pasado y sentir que a través de ella el viento de su conciencia le abofeteaba el rostro. Bastó la primera imagen, el plano quieto de un sucio callejón sin salida, silencioso y en penumbras, para que el remordimiento aflorara en su mente igual que pus supurada por una herida infecta. Y entonces la calma del escenario se quebró; primero la sonora con un frenético ruido de pasos, y después la inmovilidad del entorno al aparecer la figura de un hombre que se comportaba como si estuviera huyendo. Por su actitud, se notó que supo en el acto que la única vía de escape posible era lograr entrar en la discoteca de ingravidez —bailar sin que los pies tocasen el suelo fue una costumbre muy popular por esos años, hasta que un grave desperfecto en una de las principales salas provocó la mayor caída libre en masa dentro de un ambiente cerrado—, cuya puerta trasera daba al callejón. Al acercarse para intentar abrirla, la bombilla que pendía sobre ésta le iluminó de lleno, viéndose con bastante claridad que llevaba puesta una gabardina gris y que su mano derecha empuñaba un cuchillo que a pesar de moverse bajo la luz no lanzó destello alguno debido a que su hoja se hallaba cubierta y opacada por una sustancia que, por lógica, no podría ser otra cosa que sangre seca. Y mientras aprendía que una salida de emergencia está diseñada



Certamen Alberto Magno

sólo para salir, su perseguidor apareció en escena y a Clayton se le secó la poca saliva que todavía le quedaba en la boca.

—Es usted muy fotogénico —le oyó comentar a Feynman.

—¡Quieto o disparo! —gritó desde la pantalla un Dan Clayton con más cabello y menos canas.

El fugitivo detuvo su frenético forcejeo con la infranqueable puerta y se giró. Aún aferraba el cuchillo.

—Más te vale soltarlo —le habría aconsejado Clayton si no fuera por el tono claramente imperativo de su voz.

Como consecuencia de aquella orden implícita, la mano derecha del individuo se aflojó lo suficiente para que el mango del cuchillo resbalara y éste cayese. Entre el ruido del acero al golpear contra el suelo y la seca detonación del primero de los tres disparos, transcurrieron unos cinco segundos de acción congelada, rota en un estallido de fuego y muerte.

—No se pierda lo que viene ahora —alertó Feynman, conocedor de la trama.

Tras este aviso, el plano distante y general fue sustituido por otro mucho más cercano y específico, que mostraba a velocidad lenta cómo los proyectiles impactaban en pleno rostro de aquel hombre, sacudiéndolo igual que si fueran tres puñetazos, pero provocando destrozos mucho más graves, en especial cuando una de las balas, al encontrar la cara lateral, entraba por un pómulo y salía por el otro, llevándose gran cantidad de carne y hueso. Seguidamente, para empeorar todavía más la situación, el montaje retomaba la perspectiva original para captar el momento en que Clayton acercaba, cuidando de no dejar sus huellas, el cuchillo al cuerpo inerte con el fin de que aparentara que aún lo sujetaba mientras se desplomaba mortalmente herido.

—¡Ay, pillín, pillín! —exclamó Feynman, agitando la mano como si amenazara a un niño con darle una zurra. Luego sentenció—: Eso es todo.

Ni siguiera al sentir que su cerebro volvía a *sintonizar* la iluminación virtual, Clayton desvió la mirada de la pantalla. Era como si su peor recuerdo estuviese al alcance de cualquiera a través de una cinta de vídeo. Sólo reaccionó cuando el panel, a manera de un enorme párpado, descendió hasta cubrir el ciclópeo ojo del televisor.

—¿Qué pretende con esto? —preguntó.

—Ya se lo he dicho: que trabaje para mí.

—Y si no lo hago emitirá esas imágenes.

—Así es —admitió Feynman sin tapujos, como si el chantaje fuera algo cotidiano—. Reconozco que tendría menos gancho que un progra-



ma sobre Jack —apostilló—, pero de todos modos sería un buen suceso con un altísimo nivel de audiencia. No dudo que muchos aplaudirían el hecho de que le haya volado los sesos a esa rata, pero tampoco que algún fiscal se empeñe en acusarle de homicidio en primer grado. Tenga en cuenta que usted nunca fue juzgado por la muerte de John el Cirujano, ya que simplemente aceptaron su informe.

—¿Por qué se toma tantas molestias conmigo y no se limita a ofrecerle el trabajo a otro?

—Porque le quiero a usted —contestó Feynman—, y cuando no obtengo algo que quiero, lo destruyo. Es mi filosofía de vida, la brutal clave de mi éxito... ¿Por qué lo hizo, Dan?

—¿Qué...?

—¿Por qué le mató si había soltado el cuchillo?

Clayton se quedó sin palabras. Aquello ya parecía un concurso de preguntas y respuestas.

—No lo entendería —dijo para salir del paso.

—No me subestime. Que yo carezca de sentimientos no significa que no comprenda los ajenos.

Por no apreciar a alguien, Feynman no se apreciaba ni a sí mismo.

—Fue por sus ojos —confesó Clayton.

—¿Sus ojos?

—Sí... Me sorprendió que se rindiese sin ofrecer resistencia, pero cuando nuestras miradas se cruzaron supe que lo había hecho, más que por seguir vivo, con el propósito de mantener, aunque latente, la posibilidad de continuar asesinando. Entonces también tuve la certeza de que tarde o temprano, de alguna forma, conseguiría fugarse. Le maté en defensa de sus futuras víctimas, o al menos fue lo que pensé en aquel momento.

—Es natural que haya mentido —aprobó Feynman y luego soltó su corrosivo comentario de marras: justificarse con tal argumento habría sido como si la compañía White Star hubiera intentado exculparse por el naufragio del Titanic alegando el *principio de Arquímedes*.

—Fue por eso que abandoné el Cuerpo —señaló Clayton, indiferente a la malsana locuacidad de su interlocutor—, aunque no me refiero concretamente a la muerte de John, sino al temor creciente que me embargó a partir de esa noche, a la posibilidad cierta de que quizás, en otra circunstancia similar, volvería a hacerlo. De modo que antes de correr ese riesgo decidí sacrificar mi carrera y renunciar.

—Conmoveror. Tal vez le conceda un huequecito en la próxima emisión de *Penas y amores* —se burló Feynman.



Ignorando el sarcasmo, Clayton dio a entender que claudicaba.

—Necesitaré un plano detallado de la zona de Whitechapel en esa época —solicitó—. También el informe completo de los hechos: hora aproximada en que se consumó el asesinato, declaraciones de los testigos, un esquema de la habitación, fotografías del cuerpo en la escena del crimen... Ah, y además ropa apropiada y algo de dinero.

—¿Eso es todo?

—En lo material, sí, pero planificarlo bien me llevará dos o tres días.

—Aquí tiene toda la información que ha pedido —dijo Feynman arrojando sobre el escritorio una gruesa carpeta de tapas negras, tras lo cual, agregó—: del dinero se ocupará nuestra sección de numismática, y en cuanto a la ropa, al salir dígame su talla a mi secretaria. De dos o tres días ni hablar, sólo dispone de veinticuatro horas. Espero verle aquí mañana, a las cinco en punto de la tarde.

—¿Tengo alternativa?

—Sí: aparecer en franja horaria central con una audiencia media estimada en doscientos millones de personas.

—Es usted un cabrón hijo de puta.

—Cierto..., pero es hereditario.

2

El informe contenido en la carpeta que había recibido de manos de Feynman era tan exhaustivo, que a excepción de la identidad del asesino no escatimaba el más mínimo detalle. Clayton arribó a esa conclusión luego de revisarlo y clasificarlo mentalmente.

Hecho esto, en principio se centró en el montón de páginas donde constaba la transcripción fiel de los testimonios de los supuestos testigos. A decir verdad, éstos no habían visto u oído gran cosa que hubiese servido a los investigadores del caso en su día y menos ahora, casi dos siglos después, pero lo que Clayton buscaba —y para ello leía de manera rápida e irregular, saltándose párrafos enteros por considerarlos supérfluos— era un patrón horario en el conjunto de las declaraciones, una constante más o menos definida que le permitiera establecer una hora aproximada en la que víctima y verdugo habían llegado al mísero cuartucho que ocupaba la primera. Decidió que lo mejor sería entrar en el mismo a eso de las once de la noche —once y cuarto a más tardar—, pues así contaría con un factor de nocturnidad suficiente para permitirle cierta discreción en sus movimientos y a la vez le garantizaba, aunque sólo en teoría, un margen



de tiempo razonable con el que poder trabajar dentro de la habitación sin serio peligro de ser sorprendido en plena faena.

Seguidamente estudió el plano del sector de la ciudad que a partir de ese año —1888— adquiriría fama mundial y no a raíz de su estilo arquitectónico. Era un buen plano, preciso y claro, pero, por muy revelador que fuese, jamás podría mostrar el patetismo de aquel barrio. Una cruz de color rojo señalaba el fatídico lugar del crimen: el número 13 de Miller's Court. En realidad, Miller's Court era una pequeña plazuela situada en el interior de la manzana demarcada por las calles Dorset, Crispin, Brushfield y Commercial. Cerrada por tres de sus caras, comunicaba con la calle Dorset mediante un corto y estrecho pasaje. A Clayton esto no le causaba la menor gracia: si tenía que salir pitando no podría darse el lujo de elegir la vía de escape.

Se despreocupó del plano y lo dejó a un lado. No tenía sentido memorizarlo porque bien podría llevarlo encima durante el viaje. Expuso dos terribles fotografías ante sus ojos, junto a un esquema de la habitación que fue eclipsado por la visión de las primeras. El que las fotografías fueran en blanco y negro y de escasa calidad si se las comparaba con las actuales, no reducía el horror de su contemplación, sino, por el contrario, lo acrecentaba al reflejarse en éstas una opresora sordidez que la tecnología moderna camuflaría bajo formas extraordinariamente nítidas y colores tan realistas como fríos. Observando aquel galimatías de carne lacerada, se sintió impulsado a rememorar ciertas palabras pronunciadas por un veterano policía con quien había compartido casi un año de rondas nocturnas.

—He visto tales atrocidades —le había dicho a Dan—, que he llegado a pensar, aunque se me acuse de blasfemo, que en el momento de crear al Hombre, Dios cometió un comprensible error de apreciación. Después de todo —argumentó—, en ocasiones el barro y la mierda pueden parecerse demasiado entre sí.

Recordaba haber sonreído ante ese alarde de teología callejera, pero con el tiempo la gracia que le había causado se diluyó en medio de la cruel realidad cotidiana —«Quizás incluso Darwin estaría de acuerdo si la mierda en cuestión fuera de simio», especuló Clayton en su mente luego de una brutal noche de servicio—.

Intentó desconectarse del pasado abocándose a un presente que en un futuro inmediato le haría viajar hacia el pasado, y comenzó entonces a bosquejar, guiado por las fotografías, la posición en que yacía el cuerpo sobre la cama, la ubicación de algunas partes u órganos de éste que el asesino había esparcido aquí y allá, y cualquier objeto cuya naturaleza pu-



diera considerar extraña o relevante. Así, el prolijo esquema del cuarto fue salpicándose de trazos que, con un estilo tosco, remedaban aquellas macabras imágenes que sólo podrían tener algo de sentido vistas bajo una óptica absolutamente desquiciada. Al acabar, Clayton poseía una idea hipotética de los movimientos de víctima y victimario en el instante crucial del crimen, y de este último mientras completaba su sangrienta labor. Basándose en que lo deducido fuese correcto, marcó una serie de puntos como los presumiblemente mejores para la colocación de las minicámaras, esperando que así también lo parecieran sobre el terreno, pues una vez allí tendría que tomar decisiones rápidas y definitivas.

Por el momento había terminado. Nada más podría hacer con el material disponible, salvo confiar que en la práctica sirvieran de algo las teorías elaboradas a partir de la siempre relativa realidad del papel. Miró su reloj pulsera y comprobó que había perdido la noción del tiempo. Era tan tarde, que al adquirir conciencia de la hora su organismo reaccionó rindiéndose al tentador solaz del sueño.

Programó la cama para un masaje de diez minutos en cuello y espalda. Ya acostado, sintió el placer de sutiles rodillos trabajando a lo largo de su columna, desde la primera a la última vértebra. Luego fueron abriéndose a los lados, y no bien alcanzaron los omóplatos y músculos dorsales con su relajante eficacia, notó que le invadía todo el cuerpo una repentina lasitud. Como si alguien hubiera accionado un interruptor dentro de su cerebro, Clayton se durmió.

3

Despertó mientras el teléfono sonaba por segunda vez. Cogió el auricular a ciegas, desafiando a la oscuridad.

—Aquí Dan Clayton. Suéltelo y déjeme seguir durmiendo —contestó sin preocuparse por respetar el más básico protocolo telefónico.

—Otro asesinato —fue el resultado de su petición.

Esas dos palabras bastaron para no dejar rastro de la somnolencia que le embargaba, y además le revelaron que quien había llamado era su compañera, la sargento de Homicidios Sofía Tedesco..., y que John el Cijano había vuelto a matar.

—¿Dónde? —preguntó.

—Detrás de *Sex Planet*.

Sex Planet... Sin duda, uno de los peores antros de la ciudad. Para Clayton, ese local había sido como una extensión de la academia, ya que



una significativa parte de su época de novato la había pasado en su interior, efectuando redadas. En su opinión, más que órdenes judiciales, lo que necesitaba aquella cloaca era una buena dosis de explosivos en los ciemientos.

—¿Por qué me llamas tú y no alguien desde la Central? —se interesó en averiguar, desconcertado.

—A mí me han avisado hace unos cinco minutos —respondió Sofía—, y estaba a punto de ir hacia allí cuando se me ocurrió que quizás cierta gente preferiría que tardaras en enterarte. Recuerda que hay demasiados personajes importantes a quienes les encantaría tener un pretexto para excluirte del caso.

—Sí... Supongo que declarar a la Prensa que John el Cirujano es un fenómeno natural dentro de la podredumbre que nos rodea, y ante la cual nuestro alcalde hace la vista gorda, no ha sido muy... diplomático.

—En este trabajo, la única sinceridad que aprecian los jefes es la de acusados y testigos —observó ella.

—Lo sé —asintió Clayton y reconoció—: gracias por llamar. Te debo una.

—Olvídalo. Lo hice porque te amo —bromeó Sofía— con la intención implícita de poner fin a la conversación.

Colgaron al unísono, como si las reacciones espontáneas de ambos estuviesen sincronizadas. Tras casi dos años de investigar juntos los peores crímenes que puedan concebirse, cada uno conocía o intuía lo que pensaba el otro, y a menudo compartían una misma idea o deducción sin que interviniese en absoluto la casualidad. Formaban un perfecto matrimonio intelectual, y ni siquiera el reciente ascenso de Clayton al rango de teniente había resentido un ápice su armónico funcionamiento en equipo.

Se vistió rápidamente y poco después se hallaba sentado a los mandos de su automóvil. Activó el piloto automático —los conductores nostálgicos renegaban de este sistema apodándolo *dominguero automático*— e introdujo en el ordenador guía los datos del punto de partida (su domicilio) y destino (la dirección de *Sex Planet*). Tres opciones de viaje aparecieron en una pequeña pantalla ubicada en el centro del volante: *normal*, *rápido* y *urgencia oficial*, siendo la tercera, gracias a un chip especializado, privilegio exclusivo para los automóviles de los miembros de fuerzas policiales, seguridad e inteligencia. Escogió, por supuesto, la opción de carácter oficial. Metió la llave codificada en la cerradura del encendido; la giró y el motor se puso en marcha. De inmediato notó, sobre todo en cara y pecho, el efecto del campo de fuerza antichoque en estado latente. Era una sensación casi imperceptible de presión fluctuante, nada molesta



y engañosamente sutil, pues Clayton sabía que en caso de impacto de cualquier clase y gravedad, y hasta que el vehículo quedara inmóvil, la energía desatada de golpe provocaría que la atmósfera en el interior del habitáculo se volviera tan densa —y aun así continuaría siendo respirable— que su cuerpo estaría igual de protegido que el de un insecto prehistórico atrapado en el corazón de una gota de ámbar.

Recorrió en poco minutos la casi media ciudad de distancia que le separaba de *Sex Planet*. La perfecta conducción de la computadora, con sus sensores funcionando al límite, ayudó a ello en buena medida, pero también debía agradecerse al factor más antagónico a todo programa informático, cual es el azar, que le libró, exceptuando en un par de ocasiones, de toparse con los consabidos semáforos en rojo, lo que le habría entorpecido y retrasado a pesar de la llamativa luminiscencia azul que despedía, intermitentemente, la carrocería del automóvil, y la machacona sirena con que exigía prioridad de paso.

Cuando llegó al lugar del crimen Sofía ya se encontraba allí. No era, precisamente, un sitio que interesara promocionar a las agencias de turismo.

—El escenario ideal para una carnicería —le comentó Clayton acercándose por detrás.

Al oír su voz, ella se giró hasta enfrentarle. En medio de aquel ambiente insano, de basura y muerte, le pareció más hermosa que de costumbre.

—No tanta carnicería —refutó tajante, no la bella mujer sino la detective Tedesco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Compruébalo tú mismo —le sugirió Sofía en respuesta, señalando hacia unas cajas de cartón amontonadas de manera anárquica y distantes así como diez metros.

Clayton se encaminó en dirección a éstas y mientras lo hacía pudo leer que originariamente cada una había contenido seis muñecas hinchables del modelo *mutante viciosa*, y según anunciaba orgulloso el fabricante, con un variado surtido de malformaciones intercambiables. Esbozó una sonrisa que se borró tan pronto vio la gran mancha de sangre que, oculta tras las cajas, se entendía sobre el suelo en avanzado estado de coagulación. El cuerpo no estaba, y ese cuajarón informe y ennegrecido era el único vestigio indicativo de que se había perpetrado un acto inusualmente macabro. Pero a Clayton esto no le sorprendió, ya que incluso antes de salir y durante el viaje había deducido, valiéndose de una lógica no muy brillante, que la demora en instalar el novedoso sistema holográfico sería inferior —como así fue— a la suya en llegar a *Sex Planet*.



En contraposición al complejo y alto grado tecnológico de dicho sistema, su proceso de aplicación y uso resultaba bastante sencillo. Primero, con una cámara especializada se sacaban fotografías del cadáver de turno desde todos los ángulos posibles; luego, se extraía el carrete de película —una especie de cartucho— y se introducía en un proyector sujeto a un trípode, el cual compendia las imágenes registradas en una sola tridimensional. Finalmente se proyectaba ésta sobre el cuerpo de carne y hueso hasta hacer que ambas figuras —la sólida y la etérea— coincidieran en cada una de sus líneas. Logrado esto, se fijaba el ángulo de proyección con respecto al trípode y se aseguraba este último al suelo. De ese modo, los forenses podrían proceder a realizar la correspondiente autopsia y los detectives del caso disponer aún de algo mucho más ilustrativo que unas fotos convencionales y un burdo contorno humano dibujado con tiza.

Clayton prefería, por celo profesional, examinar *en vivo* a las víctimas de los casos de homicidio que le tocaban en suerte, pero no por ello menospreciaba las cualidades de un buen sucedáneo. Así pues, se acercó al inmóvil proyector que apuntaba hacia el sangriento charco y lo conectó sin vacilar pese a saber que la imagen que liberaría era el fruto de una psicopatía obscena. Una inerte forma femenina surgió de la nada, y ni siquiera el conocimiento de su intangibilidad atenuaba el horror de su visión, ya que evidenciaba a qué nivel de innecesario y cruel salvajismo puede caer un ser humano.

Remiso, pero empujado por un estricto sentido del deber, Clayton se acuclilló junto al patético holograma y lo estudió sumido en una mezcla de impotencia y hartazgo. No cabía duda alguna: evaluando los dos horribles cortes que recorrían la garganta de la mujer, concluyó que había sido obra de John. Sin embargo...

—No hay mutilación abdominal ni genital —reflexionó en voz alta.

—Tal vez se deba a que no tuvo tiempo —dijo otra voz desde las alturas, pero no tanto como para ser una revelación divina.

Clayton alzó la vista hasta toparse con el rostro de quien había hablado. No le conocía, y algo en su interior le advirtió que quizás fuera mejor así. Se irguió, más para comodidad de sus cervicales que por cortesía hacia aquel sujeto.

—Eso lo aclara todo —ironizó Clayton—, y en especial quién es usted.

—Teniente Sherlock Holmes, de Narcóticos.

—¿Es un chiste?

—No. Coincidió el apellido con que mi padre era un gran fanático del género detestivesco.



—Me refiero a lo de Narcóticos. Dudo que esta pobre chica haya muerto a causa de una sobredosis.

—Eso es... *elemental*.

—¿Qué quiso decir con que el asesino no tuvo tiempo?

—Que fue sorprendido por uno de mis hombres.

—Explíquese —exigió Clayton.

Holmes abrió la boca con intención de hacerlo pero no articuló sonido alguno. La razón de ese inesperado mutismo era Sofía, que en el interior se había acercado y unido a ellos. Clayton tenía ante sí la prueba palpable de que el *Homo sapiens* es la única especie capaz de manifestar atracción sexual haciendo nada. Decidió intervenir, temeroso de que el silencio se perpetuase.

—Teniente —dijo—, ¿va a terminar de contarme lo sucedido o tendré que esperar a que publiquen sus memorias?

Holmes apartó la mirada de Sofía, carraspeó, pidió disculpas y comenzó a narrar los hechos. La historia era bastante sencilla, sin misterio alguno. Al parecer, John el Cirujano tuvo la mala suerte de que se llevase a cabo una operación antidroga en la zona, y su infortunio se acentuó cuando su labor fue interrumpida por la irrupción de un traficante de *arco iris*. Tras él iba un policía, y mientras éste alcanzaba al sospechoso y se disponía a efectuar el arresto, aprovechó para huir del lugar. El oficial le vio salir corriendo pero ni siquiera se fijó demasiado en él; tan solo notó que era de estatura media y que vestía una gabardina azul.

Clayton comprendía que se hiciera todo lo posible por combatir el tráfico y distribución de *arco iris* —se trataba de una nueva droga sintética líquida que se *ingería* a través de los ojos, y bastaba una gota en cada globo ocular para sumergir al cerebro en un éxtasis de vivos y maravillosos colores, provocando una adicción rápida y absoluta, y, de manera indirecta, serios daños en la vista, ya que muchos *arcoirómanos* intentaban, desesperados, superar el síndrome de abstinencia mirando desde muy cerca y fijamente la colorida carta de ajuste de cualquier canal de televisión—, pero aun así consideraba que habían salido perdiendo al cambiar la detención de un camello por la del criminal más buscado del momento. Puede que fuese por mera casualidad, pero, como si estuviese leyendo su pensamiento, el teniente Holmes alegó en jerga policial:

—Mi subordinado no podía adivinar qué era ese psicópata. Tampoco creyó necesario mencionarlo hasta que descubrimos a la occisa mientras buscábamos una bolsa llena de ampollas monodosis que el presunto traficante había arrojado lejos con el propósito de eliminar pruebas físicas que pudieran incriminarle.



—Lo entiendo —asintió Clayton, y a continuación observó—: spongo que inmediatamente avisó a la Central y dio la descripción del sospechoso para que ésta ordenara una batida en la zona.

—No, simplemente notifiqué el hallazgo del cuerpo —confesó Holmes—. Habían pasado casi veinte minutos —aclaró—, así que deduje que sería inútil puesto que a esa hora el asesino ya estaría en su madriguera excitándose con una película porno...

Se detuvo al recordar que una dama estaba escuchando su explicación.

—Tranquilo —dijo ella, notando su vergüenza—. Soy la detective Tedesco y no sor Sofía.

—¿Y acaso no dedujo que volvería a matar? —preguntó Clayton al teniente, cuyo rostro se hallaba ligeramente ruborizado.

—Por supuesto —respondió éste—. Quizás dentro de una o dos semanas.

—¡Estoy hablando de esta misma noche! —estalló Clayton.

—¿Esta noche? ¿Por qué iba a matar otra vez esta noche?

—Porque matar es sólo el medio. Lo que en realidad le apasiona es practicar la disección callejera. Si a un tigre hambriento se le arrebatara su presa antes de que pueda devorarla, buscará otra.

Las miradas de Clayton y Sofía se cruzaron y cada uno penetró en la mente del otro. Ambos reconocieron en la expresión de sorpresa de Holmes al clásico policía que se conoce el reglamento al dedillo pero carente de la más mínima noción de psicología criminal.

—Olvídelo —dijo Clayton en un suspiro de resignación, viendo que no era el momento idóneo para dar un cursillo sobre el tema.

Sin más trámite dejó al boquiabierto Holmes y se encaminó, acompañado por Sofía, hacia su automóvil.

—¿Y ahora qué? —le interrogó ella entre paso y paso.

—Hacer lo que se debió haber hecho desde un principio —contestó él.

—Y rogar que aún no sea tarde.

—Yo prefiero cruzar los dedos.

—Ignoraba que fueras supersticioso.

—No lo soy, pero es menos trabajoso e igual de efectivo que arrodillarse y pedir algo al vacío.

Confesada su incredulidad religiosa, Clayton abrió la portezuela del vehículo y se sumergió en él. Manipuló la radio, y una vez que hubo comunicado con la Central, dio la somera descripción del sospechoso y urgió para que las patrullas de ese sector estuvieran alerta y detuviesen a todo individuo cuyo aspecto encajase con la misma.



—Vamos, sube al coche —le indicó Clayton a Sofía mientras activaba el mando manual que otorgaba el total dominio de la máquina al conductor—. Esto me recuerda los viejos tiempos de patrulla, casi siempre nocturna —comentó ya estando ella sentada a su lado.

Arrancó y el automóvil se puso en movimiento. Varias voces flotaban en el habitáculo debido a que había dejado la radio en sintonía abierta, a la espera de oír algo relacionado con John el Cirujano.

—Con un poco de suerte quizás podamos atraparle —pronosticó Clayton. Sofía manifestó claramente su escepticismo al respecto.

—Eso —procedió a enumerar—, si decidió asesinar de nuevo esta noche, si todavía no ha llegado a hacerlo, o, si lo ha hecho, si ha demorado lo suficiente como para que aún se encuentre en la zona. Demasiado reflexivo para un poco de suerte —sentenció—.

—Es verdad —reconoció Clayton—, pero concentrémonos en las calles. Bueno sería que nos cruzáramos con él y no lo viésemos por filosofar sobre las posibilidades que tenemos de cogerle.

Como si alguien hubiese accionado un interruptor, la conversación se trocó en un silencio expectante, en la contemplación de la miseria humana que les rodeaba, pero vista a través de un cristal empañado por el insensible sentido del deber que subyace en la mente de un buen policía enfrascado en su trabajo. No transcurrieron más de cinco minutos antes de que alguien informara del descubrimiento de otro cuerpo.

—¡Lo sabía! —exclamó Clayton.

—¿Dónde? —preguntó el radioperador de la Central.

La ubicación del hallazgo disparó aún más la adrenalina de Clayton.

—Es muy cerca de aquí —notificó Sofía espontáneamente.

—Sí...

Entretanto, las dos voces radiales alargaran algo más el coloquio cuando quien hablaba desde la Central quiso cerciorarse de que no fuera una falsa alarma.

—¿Está seguro que ha sido obra de John? —preguntó.

—He visto reses salir más enteras del matadero —confirmó la otra parte de manera bastante explícita.

—Ahí está el cabrón —anunció Clayton desentendiéndose de la radio y señalando a un hombre que caminaba unos metros delante de ellos. Sofía frunció el ceño, perpleja.

—¿Te has vuelto daltónico? La gabardina que lleva puesta no es azul, sino gris —objetó.

—Si te fijas bien verás que es del tipo reversible. Gris por un lado...

—Y azul por el otro. Eso es lo que yo llamo una prueba irrefutable.



En ese instante el individuo giró la cabeza y miró hacia atrás. De repente su paso se hizo más rápido y nervioso.

—Nos ha visto —dijo Clayton.

—Puede que después de todo tengas razón —admitió Sofía.

—Gracias... ¡Mierda, se escapa!

En efecto, al llegar a la esquina y no bien doblara en ésta, el sospechoso echó a correr. Clayton dio un volantazo, haciendo que el vehículo torciera bruscamente en la misma dirección, pero de inmediato se percató de que la estrechez de esa calle, sumada a su caótica y febril actividad, haría imposible la persecución en coche. Por ello frenó, y antes de que Sofía intentara siquiera protestar, le ordenó que pidiese refuerzos y, abriendo la portezuela, se apeó del automóvil.

Comenzó a correr con la visión ya algo lejana de su presa, pero al gritar identificándose como policía la gente, o gentuza, se apartaba a su paso, y eso le permitió acortar considerablemente la distancia. En plena carrera hundió la mano derecha bajo su axila izquierda y extrajo el arma de la sobaquera, encendiéndose un punto rojo a la altura de la recámara e indicando, así, que bastaría con apretar el gatillo para disparar.

Era la reglamentaria y sofisticada pistola *Factótum 666*, que el Departamento había suministrado a todos sus agentes a raíz de la vulgarmente conocida *Gripe porcina del 68*, durante la cual los policías eran atacados, no por un virus, sino por pandillas que les emboscaban, reducían y a veces mataban sólo con el propósito de robarles las armas. La *epidemia* alcanzó tales cotas, que las autoridades se vieron obligadas a proceder a la apertura de un concurso público para dotar a las fuerzas del orden de un tipo de pistola que anulara la intención de su robo debido a la inutilidad del mismo. Ganó dicho concurso la empresa Shoot & Kill con la ya mencionada *Factótum 666*, que, casualidades de la vida, estaba a punto de salir al mercado —así lo hizo apenas un mes después— acompañada de un eslogan publicitario que rezaba: «La pistola que también carga el Diablo, pero que sólo usted podrá disparar». Y esto era rigurosamente cierto, ya que las cachas del arma poseían la cualidad de registrar y memorizar un juego de huellas dactilares (la cacha izquierda las de la mano derecha y viceversa), y únicamente podría hacerla funcionar el poseedor de esas huellas. Era como un perro adiestrado para obedecer sólo las órdenes de una persona en particular, ignorando la voz de cualquier otro. En teoría era perfecto: quien robara una *Factótum 666* también debería llevarse los dedos del poseedor original e injertárselos, o se habría molestado por nada. Sí, en teoría muchas cosas son perfectas..., hasta que la práctica se encarga de evidenciar los defectos, y a menudo lo hace de forma drástica,



como sucedió aquella cruda noche de invierno con un tal oficial Holloway, quien en una refriega callejera fue acribillado porque los guantes que llevaba puestos bloquearon la recepción de las huellas dactilares que habrían activado el mecanismo de la pistola. La respuesta a ese fallo fue casi inmediata: un guante *inteligente* que codificaba las huellas de la persona que lo usara y que hacía las veces de nexo transmisor entre éstas y el arma, consiguiendo la misma eficacia que con la mano desnuda.

—La has cagado —murmuró Clayton, jadeante, cuando vio que el presunto John se internaba en el consabido callejón sin salida.

Pocos metros después le alcanzó. Estaba acorralado, pero aun así se empeñaba en forzar una puerta como última y quimérica vía de escape.

—¡Quieto o disparo! —gritó Clayton.

El sujeto reaccionó quedándose inmóvil durante un par de segundos. Luego dio media vuelta. Clayton observó claramente que sostenía un cuchillo manchado de sangre.

—Más te vale soltarlo —le advirtió.

Clayton esperaba —o quizás deseaba— una feroz resistencia, pero, en cambio, vio cómo obedecía mansamente soltando el cuchillo. Oyó, incrédulo, el golpe de éste contra el suelo. Miró a los ojos de aquel lobo con circunstancial piel de cordero, y entonces, tras un instante de tenso silencio, disparó.

Aun que suene a tópico, despertó empapado en sudor.

4

Clayton había imaginado al profesor Meyerhof con el aspecto de un viejo estafalario al estilo de Albert Einstein, y no como lo que en realidad era: un hombre que rondaba los treinta y pocos años, y cuya complejión denotaba que su dedicación a la ciencia no significaba que tuviera que someterse a una vida sedentaria.

—Veo que acostumbra hacer ejercicio físico además de los de Física —comentó Clayton con el fin de romper el hielo.

—Así es —asintió Meyerhof—. Dependiendo de cómo ande de tiempo, paso de una a dos horas diarias en el gimnasio.

—¿Hace pesas?

—No, las pesas ya vienen hechas. Yo me limito a levantarlas —bromeó el profesor de manera poco espontánea, como si no fuese la primera vez que utilizaba ese chiste—. Pero no crea que el sudor y el esfuerzo



físico inhiben el funcionamiento de la parte analítica de la mente —contínuo—. Fue precisamente en el gimnasio, mientras descansaba entre serie y serie de pectorales, cuando concebí la idea básica que me llevaría a diseñar la máquina que está a sus espaldas y con la cual he logrado cruzar a otra dimensión, derribando los muros que obligaban al Hombre a permanecer encerrado en un solo plano temporal.

Pese al epopéyico significado literal de la frase, Clayton notó que en el fono ésta era fruto de un orgullo frustrado. No cabía duda de que a Meyerhof le afectaba, aunque intentase disimularlo, el hecho de que algo tan maravilloso como una máquina para viajar en el tiempo, acabara siendo usada en programas televisivos culturalmente nulos. Era como si Neil Armstrong, tras haber dado el primer paso en la Luna en nombre de toda la Humanidad, se hubiese percatado de que había pisado mierda.

—¿Y en qué consiste esa idea? —preguntó Clayton, esperando no hurgar en alguna herida.

—Más que una idea es una metáfora —respondió Meyerhof ante su desconcierto.

—¿Metáfora?

—Sé que es un concepto extraño en boca de un científico, pero a veces para hallar la clave de un fenómeno es necesario verlo en sentido figurado.

—Comprendo —mintió Clayton.

—Ocurrió —procedió a explicar Meyerhof— que de repente vi al factor tiempo como una carretera que conduce hacia el futuro. Viajamos a lo largo de ella a bordo del presente, y lo que dejamos atrás es, por supuesto, el pasado. El problema radica en que este vehículo no puede acelerar o aminorar la marcha, y mucho menos frenar y retroceder; simplemente avanza a una velocidad fija de..., digamos, tres mil seiscientos segundos a la hora, y la única manera de violar sus normas de circulación es a nivel psíquico. Si nos aburrimos, el tiempo se hará más lento; si nos divertimos, pasará más rápido; regresamos al pasado mediante el uso de la memoria, y, cuando dormimos, ocho horas pueden parecerse un abrir y cerrar de ojos. La razón es que el cerebro posee la capacidad, aunque ilusoria, de aislarse del presente o perder la noción de su monotonía, y lo consigue gracias a la particular energía que alimenta el pensamiento. Lo que en realidad hace mi máquina es generar un campo de dicha energía, tan fuerte y denso, que al introducir en él a cualquier ser vivo u objeto, no sólo provoca que éste se aisle del presente en cuanto a su percepción, sino que además escapa físicamente del mismo. Sin em-



bargo, para que cada fuga del presente tenga un destino concreto, el campo de energía debe saturarse de ciertos datos básicos como año, mes, día, y a ser posible hora, y de coordenadas precisas que indiquen el lugar de arribo. Toda esta información es transmitida a través de una computadora, que la suministra cuando especificamos qué hecho histórico deseamos visitar. Almacena en su memoria casi un millón de éstos, desde los que han motivado revoluciones y guerras, hasta algunos en apariencia intrascendentes. Sé que no son muchos para tres mil años, pero resulta que sólo en los últimos cinco siglos se concentran el setenta y cinco por ciento, pues a medida que profundizamos en el pasado la Historia se vuelve menos fidedigna, y ello nos obliga a seleccionar los acontecimientos que ofrezcan un mínimo de seguridad en cuanto a dónde y cuándo.

—Si la carencia de información es un obstáculo —interrumpió Clayton—, ¿cómo hacen para viajar al futuro? ¿Acaso consultan a algún astrólogo?

—Sencillamente no lo hacemos, y no es que no se pueda —dijo Meyerhof y explicitó—: Bastaría con adelantar el reloj interno de la computadora y llenar el hueco temporal resultante con hechos falsos y sus correspondientes fechas y coordenadas, y en base a ellos se procede igual que con el pasado. No es una teoría; lo sabemos porque ya lo hemos puesto en práctica en dos ocasiones, y en ambas fue un rotundo fracaso. En la primera enviamos al chófer privado de Feynman a una discreta distancia de cinco años, pero al regresar no existía en su mente recuerdo alguno de lo que había visto y vivido. No recordó ni siquiera bajo hipnosis. En la segunda, el viajero era mucho más cualificado y llevaba consigo cámara de vídeo, fotográfica, e incluso una libreta para tomar notas. Le transportamos treinta años en el futuro. Fue inútil. No sólo su memoria se hallaba en blanco, sino también la cinta de vídeo, la película fotográfica y el papel de la libreta. Supongo que el futuro dispone de algún mecanismo natural que lo mantiene inevitable e impredecible.

Clayton entendió entonces por qué el día anterior, en el transcurso de la plática que había mantenido con Feynman —no muy constructiva, por cierto—, éste había manifestado desinterés hacia el futuro, aunque procurando ocultar la verdadera causa de tal indiferencia, lo cual no dejaba de ser lógico, ya que si alguna vez optaba por vender o alquilar los derechos sobre la máquina, obtendría mejor precio no revelando sus limitaciones.

—Bueno..., procedamos con este asqueroso asunto —sugirió Meyerhof. Para apoyar esas palabras, le entregó a Clayton un estuche abierto e



indicó—: ahí las tiene: seis minicámaras de alta fidelidad en captación de imagen y sonido.

—Conozco estos chismes. Son una herramienta habitual en mi trabajo.

—Eso facilitará las cosas.

—No si no me da el monitor.

—A eso iba. Tome.

Clayton cogió el minúsculo aparato. A simple vista daba la impresión de ser un convencional televisor de bolsillo, pero la similitud terminaba en cuanto se evaluaban las funciones de uno y otro.

—Veo que tiene capacidad para cuatro canales —observó Clayton tras unos segundos de estudio, y añadió: lo que significa que sobrarán dos cámaras.

—No si falla alguna —especuló Meyerhof.

—Mejor que sobre y no que falte.

—Exacto. Es por ello que si bien recibiremos y grabaremos aquí las imágenes del hecho, también el monitor que usted llevará consigo está preparado para procesar una copia de seguridad en los cuatro discos que obviamente contiene.

—Obviamente... —repitió Clayton mientras comenzaba a guardar el estuche con las cámaras y el monitor en sendos bolsillos internos de la chaqueta que formaba parte de su anacrónica vestimenta.

—¿Lleva gafas de visión nocturna? —inquirió Meyerhof.

—No. Las he olvidado.

—Tenga las mías —ofreció el profesor con naturalidad, y cuando estas ya habían cambiado de manos, comentó—: el cristal amplificador de luz es un gran invento.

—Espero que su máquina también lo sea. Quiero decir que no me gustaría acabar flotando en el limbo.

—No se preocupe. Si la compañía de seguros Royal Eagle ha aceptado cubrirnos, es por algo.

—¿No será porque Feynman es su principal cliente?

—Me ha pillado —confesó Meyerhof, pero luego matizó—: de todas formas, créame cuando le digo que esta máquina es sumamente segura. Es más, cambiaría sin dudar mi lugar por el suyo.

—¿Es una proposición?

—No, sólo la verdad.

Clayton percibió otra vez la frustración en las facciones de aquel hombre, lo que le indujo a deducir que era sincero. Lamentablemente, ambos tenían en común que debían subordinar los deseos propios a los del infame Arnold Feynman. Sí, era frustrante.



—Puede decirme en qué punto exacto se supone que... ¿aterrizaré?
—preguntó Clayton buscando cambiar de tema.

—Aún no lo sabemos —contestó Meyerhof y aclaró—: la razón es que previamente a que usted viaje la máquina enviará a la zona una sonda de energía con el propósito de localizar la coordenada más solitaria y, por extensión, idónea. No sería conveniente que usted apareciera de la nada en medio de un grupo de personas.

—¿Sentiré algo?

—Una intensa sensación de calor, pero sólo durará medio segundo.

Uno de los varios técnicos que rondaban por la sala se acercó e interrumpió la conversación.

—Profesor, todo listo y controlado —informó—. Podemos proceder.

Aquellas palabras actuaron sobre Clayton como un estimulante, liberando en su organismo un torrente de adrenalina.

—Gracias, Kevin —dijo Meyerhof en un acto reflejo de cortesía.

Clayton no necesitó indicación alguna para dirigirse hacia la máquina que presumiblemente enviaría sus huesos a dos siglos en el pasado, atravesando otra dimensión.

—Le repito que no debe preocuparse —oyó que insistía Meyerhof, igual que un verdugo intenta consolar al condenado diciéndole que será una muerte indolora.

—Sí, claro —murmuró Clayton entre dientes.

—Otra cosa más, Dan.

—¿Sí?

—Cuando *todo* haya acabado, olvídense de las minicámaras. Están preparadas para que podamos recuperarlas desde aquí.

—Me quita un peso de encima —ironizó Clayton— mientras se introducía en la máquina, un cilindro transparente de unos dos metros y medio de altura por algo más de uno de diámetro, cuyo suelo era rojo cristalino, como de rubí, y del techo, sobre su cabeza, pendía un extraño plato invertido de metal dorado, que a pesar de tener una forma diametralmente opuesta, le recordó a la *espada de Damocles*.

La abertura por la que había entrado se cerró mediante la acción de una puerta del mismo material que el cilindro —un novedoso cristal sintético que combinaba una dureza molecular superior a la del diamante con un peso específico similar al del papel—, y notó de inmediato la hermeticidad resultante que se tradujo, primero, en un pesado silencio, y luego en la intuición de hallarse sobre un punto neutro, en la frontera de



dos dimensiones. Y la cruzó cuando Meyerhof así lo dispuso, pero antes sintió cómo su cuerpo se transmutaba, igual que el agua se evapora para volver a condensarse en otro sitio.

5

El deprimente paisaje de uno de los barrios más pobres del Londres victoriano apareció ante sus ojos con la fuerza de una pesadilla tridimensional. Estaba acostumbrado a calles degradadas por el abandono, pero aun así no pudo evitar conmoverse por el patético ambiente que le rodeaba. También estaba la atmósfera: el aire era frío y húmedo —¿qué otra cosa podía esperarse de Londres en noviembre?—, y se hallaba cargado de una casi palpable fetidez que obviamente ya formaba parte permanente de él, como otro elemento más de su composición química. Sin embargo, su misión allí no consistía en hacer una crítica social, así que intentó sustraerse del entorno y abocarse a la tarea encomendada.

Consultó su reloj y vió, alarmado, que eran las diez y media pasados un par de minutos. No disponía de mucho tiempo y no tenía idea de dónde se encontraba exactamente. Se dirigió hacia la esquina más cercana y no tuvo dificultad para ubicar el consabido letrero informativo, el cual rezaba Spelman Street. Pero... ¿calle Spelman y qué? Buscó la respuesta caminando unos metros más y adentrándose en la confluencia de ambas calles. Tras recorrer rápidamente con la mirada el panorama que se extendía ante sí, pudo leer en la acera de enfrente, alumbrada por la luz amarillenta y titilante de una farola de gas, el revelador nombre Finch. Extrajo el plano de uno de los bolsillos externos, lo desplegó y le bastó una ojeada para decidirse por el camino a seguir: por la misma Finch, girando a la derecha al llegar a Bricklane, por la que iría hasta la segunda transversal, Fashion —doblando a la izquierda después de dejar atrás el cruce de Flower & Dean—, y yendo por ésta se toparía, sin otra intermedia, con la calle Commercial, la cual, torciendo de nuevo a la derecha, le conduciría, sobre la acera izquierda, a la esquina con Dorset, en donde desemboca el pasaje que lleva directamente a Miller's Court y a su fatídico número 13, estúpidas supersticiones aparte.

Llegó a la intersección de las calles Commercial y Dorset faltando apenas cinco minutos para las once. Considerando la distancia había tardado demasiado, pero eso se debió al paso lento y dubitativo, característico de un paseo sin rumbo fijo, que había adoptado con la intención de camuflar una actividad sospechosamente decidida, pues no convenía olvi-



dar que la población de la zona debía hallarse, con motivos, en un estado que rozaría la paranoia, y nada mejor que un extraño comportándose como si le guiara un objetivo más concreto de lo normal para que alguien le señalase al grito de ¡Jack!, y de ahí al linchamiento sólo mediaría su capacidad de correr.

Al entrar en el pasaje que conducía a Miller's Court modificó su forma de caminar, aparentando encontrarse ebrio, aunque no en exceso. Se detuvo frente al número 13 apoyándose contra la pared, junto a la puerta, igual que haría cualquier borracho que aún no lo estuviera tanto como para no valorar la mínima dignidad que otorga el mantener la posición vertical. Disimuladamente introdujo en la cerradura la ganzúa que había optado por usar considerando que para forzar una puerta antigua debía valerse, asimismo, de un método anticuado. Tanteó durante tres o cuatro segundos, que le parecieron una eternidad, hasta que un aliviador chasquido seco le indicó que el pestillo había cedido. Guardó la ganzúa y, luego de echar una mirada para comprobar que no hubiese alguien observándole, abrió la puerta y entró en el cuarto.

Estaba sumamente oscuro, e impregnaba el ambiente un olor ajeno en esencia al del exterior, pero ello no significaba que fuera agradable. Se colocó las gafas de visión nocturna y la escasísima luz se multiplicó de inmediato como si le hubiesen arrancado una venda de los ojos. En ese instante, viendo aquella mísera estancia, sintió la tentación de mandar a la porra el trabajo y quedarse allí, quieto, aguardando a que Jack apareciera, con el fin de atacarle y así salvar de una horrible muerte a esa pobre chica. Pero no podía hacerlo y lo sabía, pues sería interferir en el curso natural de la Historia. Mary Jane Kelly tenía que morir porque así estaba escrito.

Maldijo a Feynman entre dientes mientras procedía con la carroñera misión que le había llevado a ese infausto cruce de tiempo y lugar. Sacó el estuche de las minicámaras, lo abrió, extrajo una y la adosó sobre el marco de la puerta. Luego cogió el monitor del bolsillo donde reposaba, lo encendió activando a la vez la función de imagen bajo condiciones negativas de luz —con lo cual logró eliminar la barrera que oponía la oscuridad—, verificó que enfocaba correctamente y presionó el botón destinado a la cámara número 1, fijándola, así, en la memoria del aparato. Repitió la operación con las tres siguientes, colocándolas en puntos en los que especuló que no fuesen demasiado proclives a ser descubiertas. Por último, repasó lo hecho haciendo correr en la pequeña pantalla los cuatro diferentes planos dos veces. Al parecer, todo funcionaba en orden.

Ahora sólo restaba salir de allí, y para ello también tomó ciertas precauciones. Primero miró a través de la ventana —única y lateral— sin ver



movimiento alguno; luego fue hasta la puerta y, abriéndola un poco, espío y tampoco vio presencias inoportunas. Guardó el estuche de las cámaras —aún con dos sobrantes en su interior—, el monitor y las gafas en distintos bolsillos, y, ganzúa en mano, echó otro vistazo de seguridad y salió rápidamente. Metió la ganzúa en la cerradura, y con un hábil y afortunado giro de ésta, volvió a dejar el pestillo tal y como lo había encontrado.

Salió de Miller's Court con la misma parsimonia ética con que había entrado, sintiendo que su corazón intentaba perforar el pecho a cada latido. Ya en la calle Dorset, decidió buscar un rincón discreto desde el cual poder controlar los futuros y pasados acontecimientos, y lo halló no lejos de allí, en la calle Crispin. Se acurrucó en aquel sucio escondrijo ansiando que todo no fuese más que una pesadilla; que el audífono que había introducido en su oído izquierdo y conectado al monitor, que permanecía oculto dentro de la chaqueta, fuera en realidad para escuchar música, o que, en el peor de los casos, se hallaba allí con el fin de reunir pruebas para un vulgar y aburrido asunto de infidelidad conyugal.

Permaneció largo rato así, imaginando situaciones irreales y recriminándose el haber cedido ante el chantaje de Feynman, hasta que el silencio sazonado de estática que emanaba del audífono se rompió con el ruido metálico de una cerradura en movimiento y el chirrido de goznes necesitados de aceite. Entonces surgieron las voces, primero la de una mujer diciendo «pasa, querido», y luego el lacónico «sí» de un hombre. Pero Clayton, tal vez empujado en el fondo por la misma morbosidad que tanto repudiaba en quienes componían la audiencia de ese tipo de programas, no se limitó a oír y se empeñó además en ver.

Extrajo el monitor, encendió la pantalla y observó. El plano correspondía a la cámara número 1, y en él aparecía la mujer mientras iluminaba la habitación elevando la llama de una primitiva lámpara de aceite. Envuelta en aquella mortecina luz, pudo notar que era bastante joven y que quizás podría ser hermosa si no fuera porque en su rostro habían comenzado a manifestarse los efectos de una vida degradada y degradante. Presionó un botón y el aparato comenzó a grabar. En ese instante, tras avanzar unos pasos desde la puerta, surgió en imagen la figura del hombre. No podía verle la cara pues se hallaba casi de espaldas a la cámara, así que buscó un ángulo más revelador manipulando los controles de las otras tres. Tampoco consiguió gran cosa debido al sombrero de ala ancha y algo caída que llevaba puesto. Tendría que esperar a que se lo quitase.

La mujer no esperó a ello y tomó la iniciativa desnudándose. Pronto quedó en ropa interior, pero en lugar de acabar se dejó caer sobre la cama, diciendo:



—Ahora de toca a ti, querido. Vamos, no seas tímido.

El hombre obedeció quitándose los guantes, la gruesa chaqueta, el chaleco, la camisa, los zapatos y los pantalones, pero el sombrero continuaba incrustado en su cabeza como si hubiera echado raíces. A ella le extrañó, e hizo un comentario al respecto que denotaba carencia de autoestima:

—¿No te quitas el sombrero, o es que sólo te descubres ante una dama?

—No se trata de eso —dijo el hombre con voz pausada y grave—. Simplemente nunca me desprendo de él cuando salgo a cazar zorras.

—¿Cazar zorras...? —repitió ella, exteriorizando mediante una mueca de miedo que había comprendido la implícita y espantosa revelación.

Pero Jack no permitió que el repentino conocimiento de su malsana identidad se tradujera en gritos y se abalanzó sobre su indefensa víctima. Instintivamente Clayton cerró los ojos al ver el chorro de sangre surgiendo de la garganta cercenada, y los abrió sabiendo que aquello no era más que el brutal principio de una carnicería sin sentido. Agradeció que a menudo las lágrimas le nublasen la vista, pero ante el execrable espectáculo el tiempo parecía no transcurrir, como si cada segundo fuera una inmóvil fracción de un macabro rompecabezas.

No obstante, se supone que hasta la fiera más sanguinaria acaba aplacando su furia al sentirse satisfecha; y así debió suceder con Jack porque de repente se detuvo, contempló la *obra* realizada desde uno de los extremos del cuartucho y, luego de hacer un gesto de asentimiento, limpió cuanto pudo la sangre de sus manos y antebrazos con un trozo de tela arrancado de las ropas de su víctima, para después vestirse sin demostrar prisa. Terminó colocándose los guantes y cogiendo el maletín de médico que había portado desde un principio, pero que las cámaras, por hallarse éste casualmente fuera de foco, no habían captado hasta que lo utilizó, mediado su *trabajo* sobre el cadáver, sacó de su interior un frasco de vidrio de considerable tamaño dentro del cual metió, con fría naturalidad, algo que Clayton creyó reconocer, horrorizado, como el corazón de esa pobre chica.

Pero fue lo que hizo a continuación, en el momento previo a salir de allí, lo que a Clayton le dejó atónitamente boquiabierto: se paró justo frente a la puerta, alzó la cara mirando hacia la cámara, se quitó el sombrero y sonrió. Y cuando Clayton vio aquel rostro insanamente sarcástico y esas facciones supurando maldad, el cuerpo destrozado de Mary Jane Kelly pasó a segundo plano... más allá de una mera cuestión de perspectiva.



6

Feynman se hallaba en su oficina, visionando en *directo* el asesinato y posterior mutilación, sin poder evitar sentirse orgulloso como lo haría cualquier padre ante las gracias de su hijo. Porque aunque Jack el Destripador no era fruto de su simiente, sí podía afirmarse que no habría existido de no ser por su iniciativa, ingenio y creatividad. Todos, incluyendo el propio Meyerhof, habían visto a esa maravillosa máquina sólo como un simple medio para desplazarse hacia el pasado; pero él, Arnold Feynman, amplió en su imaginación ese estrecho concepto considerándola una forma de recuperar el tiempo perdido, o, mejor dicho, de reciclarlo, de transformarlo en algo más provechoso. Y fue a partir de esa idea que nació Jack.

Nació apenas tres meses atrás, y no a mediados del siglo XIX. Era un vagabundo, un don nadie a quien recogió del arroyo para convertirlo en el asesino en serie más célebre de la Historia. Reconstruyó esa mente desquiciada por el alcohol con drogas alucinógenas e hipnosis; cambió la naturaleza de sus pensamientos, impregnándolos de ideas cargadas de odio, sangre y muerte; elevó su nivel intelectual y, finalmente, le dotó de amplios conocimientos quirúrgicos. Luego la computadora seleccionó, en base a millones de datos, la época y lugar más emblemáticos para que un vulgar asesino adquiriese la categoría de leyenda. Fue elegido el Londres victoriano por su ambiente, y el año 1888 por ser fácil de retener en la memoria, y allí se le envió, sin saber muy bien cómo reaccionaría en ese nuevo hábitat. El resultado fue imprevisto o mucho mejor de lo previsto, según la forma en que se mire, puesto que la impunidad con que mataba hizo que la opinión pública le colocara, sin que ello implicase admiración, en el límite que separa lo anormalmente real de lo mítico. Sin embargo, para que el mito se perpetuase era necesario, por no decir imprescindible, que Jack no fuese capturado y que su identidad permaneciera para siempre en el más sangriento de los anonimatos. Fue por esa razón que le sacaron de allí tras el quinto crimen —el mismo que ahora estaba grabando y gracias al cual esperaba obtener Feynman inmensos beneficios provenientes de contratos publicitarios—, porque cada noche el riesgo aumentaba, y tanto fue así, que este último debió perpetrarlo al amparo de un ambiente cerrado, sin exponerse a la indiscreción de las calles. Y a raíz de no ser atrapado el misterio fue acrecentándose con los años, elevando a un patético psicópata al rango de genio, aunque, eso sí, en un campo no muy apreciado. Se publicaron infinidad de libros narrando los hechos y exponiendo teorías tan brillantes como equivocadas, y numerosos escritores, buenos y de pacotilla, se valieron de Jack como fuente de inspira-



ción para sus novelas, cuentos, guiones cinematográficos, o lo que les viniera en gana. Sí, muchos habían explotado y parasitado el tema hasta la saciedad, y ahora le tocaba el turno al verdadero hacedor, a la mente preclara que había engendrado al monstruo.

En el momento en que el rostro de Jack llenó uno de los cuatro recuadros en los que estaba dividida la gigantesca pantalla (el superior izquierdo), Feynman supo que ya no podría retroceder con respecto a Clayton. Más tarde, cuando el material estuviese listo para el proceso de montaje, daría las instrucciones pertinentes indicando que esos últimos planos frontales fuesen alterados con el fin de que el gesto de descubrirse ante la cámara pareciese espontáneo y casual y no lo que en realidad era: un acto premeditado, vanidoso y exhibicionista. Pero ahora era prioritario hablar con Meyerhof.

Cogió el teléfono, marcó un número interno y aguardó. La voz de uno de los técnicos interrumpió el insistente pitido de llamada.

—Aquí el laboratorio —informó la voz.

—Déme con Meyerhof —ordenó Feynman.

—El profesor está muy ocupado. Si puede llamarle dentro de media hora se lo agradecerá.

—Sí, y también puedo despedirte dentro de los próximos diez segundos si no haces que coja el teléfono.

—¿El señor Feynman? —pregunto el técnico, rogando que la respuesta fuera negativa.

—Te quedan cinco segundos.

Lanzado el ultimátum, se produjo un corto lapso de espera matizado con ruidos indefinidos y voces confusas.

—Meyerhof al habla —oyó por fin—. ¿Qué ocurre, señor Feynman?

—Le llamo para preguntarle si todo ha salido bien.

—Sin problemas.

—¿Lo han grabado?

—Completamente.

—Entonces proceda con el plan. Recupere las cámaras, haga volver a Jack y... ya sabe lo que debe hacer con Clayton.

—¿Es necesario matarle?

—¿Acaso lo duda? Es seguro que le ha visto la cara, y eso no nos deja alternativa.

—Se me ha ocurrido que simplemente podría destruir su código de regreso y dejarle allí. ¿Qué daño podría hacernos a dos siglos de distancia?

Feynman caviló la propuesta durante unos segundos.



—Está bien, hágalo así —decidió y a continuación advirtió—: espero que no se repita la situación que nos ha llevado a esto.

—Pierda cuidado. Aquello fue sólo un ligero desfase de tiempo y lugar ocasionado por una sobrecarga fortuita —minimizó Meyerhof y añadió—: con el nuevo sistema de seguridad es imposible que vuelva a suceder.

—Pues su ligero desfase fue un error de diez años y cuatro kilómetros que casi nos jode todo el proyecto —replicó Feynman.

—Lo sé, pero yo lo calificué de ligero comparándolo con el campo de acción de la máquina, que puede abarcar...

—Profesor —interrumpió bruscamente Feynman—, guárdese el discurso para cuando le entreguen el Premio Nobel de Física. Ahora límitese a acabar con este incómodo asunto.

Tras esas palabras sarcásticas e imperativas, Feynman colgó sintiéndose satisfecho de haber humillado a Meyerhof, y magnánimo al conmutar la pena de muerte de Clayton por la de una especie de reclusión perpetua que, valga la paradoja, habría terminado muchos años antes de comenzar a hacerse efectiva.

¿Por qué se había mostrado tan generoso? ¿Por qué decidió no matarle? No estaba muy seguro, pero quizás fuera porque, al fin y al cabo, en el fondo reconocía que Dan le había hecho un inmenso favor al destrozar la cara de John el Cirujano mediante tres certeros y destructivos disparos, convirtiéndose, de esa forma, en la única persona que había visto su rostro —aún indemne— lo suficientemente bien como para identificarlo, diez años después, bajo el nombre de Jack el Destripador.

Sí, quizás fuera por eso.